

HOMENAJE A UN DESCONOCIDO

Alex Lhermillier*

¿Tiene usted algunos minutos, algunos de aquellos que podrían retener algo como "era una vez un hombre..."? ¿Sí? Bueno, entonces le voy a contar una historia, una historia que se inserta en una vida, la mía, pero ¿qué importa? Cada historia tiene que tener su continente, su tiempo, su espacio. ¿Su conclusión? No sé, aquí no terminará.

Llegué a Machiques, Distrito Perijá, Estado Zulia. Bajé del bus, llegando de Maracaibo, a la bomba de gasolina; iba para la sierra, la que se percibe desde allá y que se extiende tal como una cortina, del horizonte hacia el norte. Soy antropólogo; esperé una camioneta, un poco, como tres horas hay lugares donde el tiempo tiene otra dimensión. Nos fuimos por fin, con algunos colombianos y *Yu'pa*, pasamos la hacienda "El Capitán", cruzamos el río Aponcito, emprendimos la carretera de tierra que va hasta *Sirapta*. Son 17 kilómetros, pero se necesita como una hora para recorrerlos en ciertas condiciones. En el vehículo, alguien me dijo: "¿Sabes? Carlito ha muerto". Al llegar a *Sirapta*, más tarde, otro apenas saludó me dijo: "Mira, ¿Sabes? Carlito ha muerto". Yo estaba cansado, venía de Mérida de donde había salido la noche anterior en bus, venía de lejos, ¡*taromaprín, taromaprín!*, como dicen ellos. Mi meta era ir hasta *Tuario*; era todavía temprano, me alisté y fui caminando, subiendo a pie la larga cuesta que lleva hasta *Potich*, tres horas más arriba. Yo tenía delante de mí seis o siete horas de camino y lo iba a hacer con recuerdos de Carlito. Subiendo encon-

tré otras personas, otros *Yu'pa*; en esta temporada de cosecha del café hay muchos en la sierra recogiendo-lo. "Alexi, ¿Sabes? Carlito ha muerto"... "Patimo, Carlito ¿Sabes? "Si, ya sé"... En *máquina*, a medio camino, la vieja Ana casi se echó en mis brazos para informarme una vez más.

Yo sabía que eso iba a ocurrir, Carlito estaba enfermo, tenía que ocurrir algún día, otro día, este año. Esperaba que fuera lo más tarde posible. Pero desde esos instantes en mí tengo la impresión como si alguien en mi ausencia hubiera arrancado todas las páginas de un libro que me faltaba por leer, un libro importante y apasionante. ¿Cual libro? Este aún no existe, mejor dicho, si existe, pero sólo lo tenía Carlito y lo estábamos escribiendo los dos. Es o era la historia del pasado más o menos lejano de la vida de los *Yu'pa Macoita*, otros indígenas que moran en la Sierra de Perijá, más allá de Machiques; un pasado a punto de ser leyenda, una leyenda a punto de caer en el olvido. Desde ese tiempo, subiendo, sudando, ese día 22 de Noviembre de 1983, pensé: voy a escribir algunas líneas sobre mi amigo Carlito; voy a escribir un homenaje a este viejo hombre desconocido, escondido; tengo que hacerlo para él pero también para todos los demás hombres indígenas, como para gritar que cada día se mueren así, desapareciendo con un conocimiento de mucho valor; que se van para siempre esas personas que son como las piezas y los tiestos arqueológicos que nosotros exponemos o vemos en los soñados museos llegaderos de las cultu-

* Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes - Mérida.

HOMENAJE A UN DESCONOCIDO



ras que caen unas tras otras delante de la pantalla de la espantosa y fantasmática uniformidad técnica de nuestra sociedad de producción. Carlito es o era uno de esos numerosos indígenas que sobreviven en ese margen del tiempo que no reconocemos, uno de esos indígenas, de un mundo, de una sociedad, de una cultura que rechazamos violentamente, que desconocemos, que ignoramos.

Conocí a Carlito en 1976 cuando, por motivos de un estudio antropológico, llegamos por primera vez, mi esposa, nuestra hija y yo a esta Sierra. La primera vez que lo ví sobre la loma donde estaban sentadas las seis casas de Samamo, era en la tarde; él llegaba de su conuco, cargaba una cesta de comida: plátano, yuca, ocumo, y también una brazada de leña sobre el hombro. Al pasar al lado mío se sonrió, expresó un "hu hum!" y siguió hasta su casa. Más tarde ese mismo día en la noche, cerca de su fuego, todos reunidos alrededor del ballet de las llamas, acurrucados, sentados como en un nido, escuchamos y hablamos. Afuera hacía frío, estaba oscuro, sólo caminaba un viento que pasaba sin descansar, llegando de las cumbres. Afuera hacía noche hasta las estrellas. Carlito contaba, nos contaba a todos estos pedacitos de historia e íbamos de aquí hasta allá, de hace pocos días hasta hace mucho tiempo. Historias desconocidas, diminutas o largas pero historias que todas ha hecho y sigue haciendo la gente de esta tierra, de un grupo humano, de una región, de un país; esas historias semejantes a los datos de los cronistas de las conquistas, pero a las cuales, por razón del etnocentrismo que nos caracteriza a todos, no prestamos la menor atención porque no son escritas, no son nuestras, no son de los autollamados civilizados; por ser en fin historias de indígenas primitivos, salvajes.

No! Algunos bárbaros dicen todavía así...

De allá hasta aquí pasé con este hombre muchas horas, escuchándolo, preguntándole, en *Sirapta* o en *Samamo*. A veces, mucho antes de que amaneciera, Carlito se despertaba para recomponer el fuego y calentar su cuerpo medio desnudo. Centinela de la noche, empezaba o seguía entonces el trenzaje de una cesta. Despertado también por el frío, yo me acercaba al fuego, dejando hablar el silencio. Este era el mayor interlocutor de Carlito. Entonces Carlito contaba y hasta si lo hacía cuidadosamente, pronto alguien venía a juntarse con nosotros. Entonces el monólogo se dirigía a alguien que entendía mejor que yo y permitía así que se hiciera más dinámico el relato. Historias, cantos, leyendas, el incansable grabador los almacenaba. Me quedé mucho tiempo sin entender lo que decía Carlito quien sin embargo se dirigía hacia mí en particular; él sabía que no entendía, pero también sabía que mi interés era muy valioso para los mismos *Yu'pa*. El conocía mi situación, pero entendía mi actitud y la apreciaba. Una vez que estábamos reunidos con otros adultos en *Sirapta*, dijo así: "Papshi (así me llaman allá, papá), yo te voy a contar todo acerca de los *Yu'pa* para que más tarde los jóvenes que no saben, porque no escuchan, conozcan un poco de nosotros".

Esta es una de las razones de mis estrechas relaciones con este personaje: en esas sociedades indígenas donde los cambios destronan cada día las reglas del día anterior, ciertas personas, y las de más edad en particular, están apartadas, aisladas de la vida socio-cultural. Así como algunos otros, Carlito estaba arrinconado, olvidado en el silencio, un silencio peligroso donde por suerte salía a veces para el placer de

todos. Cuantas veces, alrededor de nosotros dos, se formaron poco a poco asambleas. Los miembros de éstas de pronto entraban a participar con preguntas o carcajadas de sorpresa al oír la historia o el cuento; a veces salían las flautas y el monólogo se volvía clase sobre la cultura y la vida *Yu'pa*.

Lo que siempre me asombró y me demostró su gran conocimiento, fueron las numerosas onomatopeyas que Carlito usaba para puntuar cualquier acción; nunca tenía que pensarlas, eran parte de su lenguaje. Una flecha cortaba el aire, "tututu..." un tiro de escopeta, "paaaaaa, chin chin chin chin, tatatata, truo tro tro tro", un árbol caía sobre el cráneo. Tengo todo el diccionario de estas formas de expresar algo. Carlito sabía tomar el tiempo, pintar de sonido su discurso y su auditorio quedaba asombrado. Tras él como guía, siguiendo el camino a veces tortuoso de su memoria, aprendí mucho de la forma de vivir de los *Yu'pa* de *atancha*, de los de antes. Descubrí varias de las piecitas del rompecabeza que hoy en día conforman los relatos de memoria que nos daban otros *Yu'pa*, hombres o mujeres. Sin embargo Carlito fue siempre el que tenía el conocimiento más preciso y cierto de esta "historia". Nuestro amigo conocía inclusive muchos cantos personales de aquellos *Yu'pa* que atravesaron el tiempo en esos montes.

De cierta manera es relativamente fácil entender las razones de la personalidad de Carlito así también como su sitio en la comunidad. El había nacido al principio de este siglo en el alto Río Negro; a temprana edad, como muchos en esos tiempos, a raíz de los conflictos que sacudían ferozmente esta sociedad, se encontró solo, sin familia verdadera. Viviendo aquí y allá,

trabajando con uno, ayudando a otro, tenía una vida de solitario vagabundo. Esta situación lo hizo testigo de muchos acontecimientos, un testigo que supo vivir y que para nuestro conocimiento fue un hombre curioso, atento de todo. Cuando lo conocimos, tenía alrededor de 70 años, estaba casado desde hacía mucho tiempo con una mujer que tenía dos hijos de un matrimonio anterior. El había tenido varios hijos con su primera esposa, pero todos habían muerto recién nacidos. Por esta razón nunca había podido integrarse completamente a la sociedad por el camino de los intercambios y alianzas matrimoniales, según la costumbre de todos los indígenas. Su sitio era sin embargo importante: le venía naturalmente de los vínculos de parentesco que tenía con algunos miembros de su comunidad, de su papel de productor y de consumidor de la misma, pero más aún del conocimiento que tenía de las historias del pasado, de los cantos, de la mitología, esos "chistes" como dicen los jóvenes *Yu'pa* bilingües. Yo podía decir que Carlito cultivaba eso y lo hacía de maravilla, a pesar de que este conocimiento no le haya servido mucho en estos días de tormenta que azota su pequeña sociedad. Mientras tanto, así se integraba a lo cotidiano. Si nunca supimos su nombre *Yu'pa*, no desesperamos conocerlo un día, nos falta mucho por aprender de esta sociedad y de él. Claro que Carlito no era el único quien tenía este conocimiento; había y hay otros. Pero cuantas veces se nos contestó: "Vamos a ver a Carlito, a preguntarle, él sabe, seguro él sabe mejor que yo". No despreciemos sin embargo a los demás, siempre uno u otro tiene una de las piecitas del rompecabeza.

Carlito sabía también hacer flechas, buenas flechas, y sus dedos muchas veces estaban tejiendo cestas fuertes. Era uno de los mejores y de

los más hábiles cesteros; hacía las cestas para su uso, el de su esposa, para los jóvenes, para familiares. Hacía también las bellas pipas de alfarería. Carlito no se preguntaba nada, era yu'pa, había sido yu'pa toda su vida e iba a morir yu'pa. Era de estatura mediana baja, un poco flaco, es decir poco fornido, pero eso posiblemente se debía a su edad. Muchas veces lo vimos descalzo, vestido con un viejo pantalón y una camisa de la misma edad varias veces remendada con manos que no eran de costurera. Sobre este cuerpo escondido por las múltiples piezas de tela de colores distintos llevaba siempre una cara seria, inquieta pero amable, sonriente.

Detrás de sus pasos entré en la cultura Yu'pa como en un mundo fantástico, desconocido, el de la mitología, de las leyendas que cuentan los orígenes de todo. Aprendí mucho más aún: a olvidar el tiempo, escuchándolo, oliendo el aire que nos rodeaba; aprendí la importancia de cada cosa, de cada acto de la vida de ellos, de los de antes ¡claro!. Hoy en día el tractor "civilización" está arrojando todo a la quebrada y como todo está relacionado, todo el edificio cultural se quebranta, así que lo que nos quedará será como fotos estáticas de las cuales el tiempo borrará los colores.

"¿Sabes? Carlito ha muerto". Sí, sí. Está enterrado en el minúsculo cementerio de Samamo donde unas tumbas han parado el tiempo para siempre. Una chapa de cemento impide que los suyos realicen dentro de un año el segundo entierro, como lo hacían antes los Yu'pa; así que su alma, llamémosla así, se quedará buscando para siempre la salida. "¿Sabes? Carlito antes de morir estaba aquí, había subido de Sirapta donde se había quedado varios meses con su esposa. El subió aquí porque, y así me lo

contó, se había casado con la dueña de las plantas. Escucha, él me contó eso: una noche soñó que encontraba una mujer y ella le dijo que si se casaba con ella le iba a curar todas las enfermedades que tenía. En el sueño, Carlito decidió casarse con esa mujer y por eso subió de nuevo a Samamo. Estaba bien, había llegado aquí caminando, trabajaba, pero se murió, se murió vivo".

Para mí, Carlito está todavía en mi camino, cuando lo estoy escuchando en las cintas, pero también en la Sierra. No soy totalmente antropólogo, también soy hombre. Mi viejo amigo se fue, pero me dejó algo que hacer: escribir e investigar aún más para que los Yu'pa de mañana conozcan un poco de la historia de sus antepasados y para que los Watiya, los blancos, aprendan a conocerlo también. Tengo que seguir grabando, transcribiendo y traduciendo toda la mitología, de manera que refleje lo mejor posible no solamente el contenido, sino también el sentido y la forma de expresarla. Esto pide mucho tiempo y falta mucho que hacer; sin embargo, en forma de agradecimiento por haber leído estas líneas en las cuales les hablé de un hombre desconocido, quiero aquí adelantar arriesgadamente¹ uno de esos mitos que me contó mi viejo amigo.

1. He empleado la palabra "arriesgadamente" porque el mito aquí transcrito es, en primer lugar, la versión de un solo hombre, que además ha sido traducida por un solo intérprete, Narciso López, de la comunidad de Samamo, el cual agradezco por su amistosa colaboración. Sabemos que para tener el conocimiento más cercano de una expresión cultural autóctona es imperativo, cuando aún es posible, tener por lo menos tres fuentes de información a fin de acercarse a las invariables raíces, así como a las distintas versiones.

EL ORIGEN DE LOS YU'PA

Esto sucedió cuando *Amoretoche*, Dios como dicen ustedes, cuando *Amoretoche* vivía aquí sobre esa tierra. El vivía solo, solo, no había otro. Un día se casó con *Arari*, la danta; vivieron juntos. *Arari* era como nosotros. *Amoretoche* trabajaba, trabajaba mucho, como nosotros, así, hacía lo mismo, y *Arari* también, hacían *arekpi* (conuco). Estos parecían pequeños, no, como tres cuadras, pero *Amoretoche* decía: "No, eso es como 200 cuadras, es conuco grande", pero se veía así, pequeño, pero para él era grande.

Entonces *Arari* no sabía y ella no quería trabajar tanto, ella sembraba *me* (maíz cariacó), entonces no terminaba, no terminaba nunca, el conuco era grande, tan grande, hasta que *Arari* se fue al monte y no regresó más. Ahora se ve como animal. C cogió su niño, se lo puso encima de las espaldas, por eso *Arari* tiene ahí como una pelota, es el niño de ella.

Después *Amoretoche* se casó con *Kampo*, el picuri, pero éste no hacía nada, no trabajaba. En esos días no había máquina para moler el maíz sino piedras. *Amoretoche* le dijo: "Hágame *tuka* (chicha), *kuhe* (bollitos), yo voy a trabajar". Se fue y como regresó a casa antes de la noche, todavía *Kampo* estaba moliendo maíz, así despacito, despacito. Había molido muy poco, entonces *Amoretoche* le dijo: "Voy a mandarte por el monte".

Al día siguiente se fue otra vez; cuando salió apareció *Ochtre*, la lapa, y ella ayudó a *Kampo* para moler y cocinar. *Amoretoche* a su regreso vió que todo estaba listo, *Ochtre* trabajaba muy ligerito, no, muy rápido. Con *Kampo* hicieron *tuka*, hicieron *kuhe*. Llegó *Amoretoche* y dijo: "Ya hiciste rápido, si, si, trabajaste mucho". Pero él sospechaba,

sospechaba algo, entonces miró por allí y por allá. *Ochtre* había salido corriendo para esconderse. "No, no, dijo *Amoretoche*, esto no es de tí sino de *Ochtre*".

Se fue otra vez el día siguiente a trabajar, pero no se fue sino que se escondió no muy lejos, por allí cerquita, estaba mirando por detrás y se fue a tapar el hueco de *Ochtre*, y lo tapó. Entonces agarró *Kampo* y lo mandó para el monte él también.

Después *Amoretoche* se casó con *Ochtre*. Este era trabajador, muy trabajador, sabía hacer *tuka*, *kuhe*, sabía cocinar todo lo de *Amoretoche*. Pero él se fue sin hacer nada, en su hoyo hondo. Después de eso *Amoretoche* vivió con *Wayi* (pereza). Se casó con él y tuvieron muchos hijos, bastante. Primero *Hereremo* (gavilán), *Tikore* (gavilán) y otros. Y también *Akurare* (el pájaro carpintero), esos son hijos de *Amoretoche*, *Akurare* era el último. Entonces lo mandó como todos los demás a vivir por el monte. todos, mandó a todos, hasta la madre *Wayi*. Les tiró por allí y por allá y por allá. Pero ella regresó, siempre regresaba, y un día le dijo a *Amoretoche*: "Mira, nosotros somos viejos, yo soy vieja y tu eres viejo, somos iguales, yo no me voy, me quedo aquí". Entonces *Amoretoche* agarró una piedra de moler maíz y la pegó para que se fuera, la pegó y ella se fue. Por eso *Wayi* vive por debajo de las ramas.

Entonces el pájaro carpintero, *Akurare*, estaba sin madre. A él, *Amoretoche* le puso una hacha como pico y se quedó trabajando cerca de donde vivía *Amoretoche*. Trabajaba y trabajaba haciendo su casa en un palo, *tak tak tak*. Trabajaba por allá y por allí, picando palo y picando palo todo el día, nada más hacía. Entonces *Amoretoche* dijo: "Este va a

tumbar la casa mía" y dijo a Akurare: "¿Qué haces, por qué haces eso?" y Akurare contestó: "Bueno, porque tú quieres así, ¿No?, como está ahora ¿no?". Entonces Amoretoche lo mandó más lejos.

Por allí había un Yu'pa, se llamaba Manirache (un árbol). Akurare lo picó y Manirache dijo "¡ai, ai!". Akurare se preguntó: "¿Qué será eso?". Entonces después que hubo hecho un hueco, salió sangre. Sorprendido regresó donde vivía su padre, Amoretoche y le dijo: "¡Papshi! (papá), yo estaba picando por allí en un palo y éste me dijo 'ai, ai!', ¿qué será ese palo?". "Bueno, vamos a ver, dijo Amoretoche, ¿dónde está?, ¿aquí cerquita?". -"¡No, lejos!, dijo Akurare, porque me mandaste lejos, no está cerquita, no, no está cerquita".- "pues, bueno, vamos, hay que hacer kuhe, kuwi, tami (comida) para dos".

Se fueron. Este viaje duró meses y meses, dando vueltas y vueltas, caminando por allí y por allá; de noche Akurare dormía en las ramas y Amoretoche debajo. Pero Amoretoche se cansó de tanto caminar, tanto y tanto, entonces preguntó: "Bueno y entonces ¿dónde está?". Akurare le contestó: "Papshi, no está tan lejos, está cerquita de tu casa, pero como me hiciste daño machucándome las alas así que yo no puedo volar como los demás pájaros, entonces que ría vengarme de tí con este viaje".

Regresaron, regresaron hasta Manirache y al llegar donde estaba el árbol, Akurare lo picó y éste gritó "ai, ai!" y botó sangre también. Entonces Amoretoche con su hacha cortó trozos de Manirache, cortó como veinte y al día siguiente estos trozos eran hombres, eran hombres Yu'pa, hablaban como nosotros. Ellos se quedaron con él, trabajando, trabajando, los demás se fueron.



